**LA JOSEFA, MI PAYA CAÑÍ**

**Por PASK SELVA VIRGEN**

Esfuerzo dedicado al universo *cañí*, última etnia numerosa y distinta a la blanca que campa por Europa y que trata de resistir la homogenización que ha convertido a la plebe de este continente en un amorfo rebaño adicto a su bienestar (lo cual no es malo en absoluto, seamos francos).

En Junio de 1989 se demolieron las últimas barracas gitanas que ocupaban el hoy extinto barrio La Perona del norte de Barcelona, colindante con La Verneda. Esta fantasía está ambientada unos años antes de ese desenlace. ¿Cuántos? Ello tan sólo dependerá de la imaginación de quien justifiques que yo haya escrito todo esto al leerlo. Garapatí.

NOTA ACLARATORIA:

Pese a que varias escenas de este escrito gozarían una ambientación más fidedigna si expresadas en Zincaló o Romaní Español, idioma que identifica al itinerante pueblo gitano que pulula por los andurriles de Barcelona, mi nulo dominio de la susodicha Lengua me ha obligado a embarcar mi mente en el catellano que la educó.

Aún y así, he resaltado en *cursiva* tanto aquellos términos *calós* de intuitiva comprensión entre el pueblo *payo*, así como los catalanismos y anglicismos cuya sonoridad toma una chispa peculiar si emitida por gentes culturalmente deshauciadas.

SALUD Y RESPETO.



1. LA PASIÓN MENEA MI ALMA

Siempre es lo mismo pero me gusta. La porquería que rellena mi vista está viva. Las orejas de la bicha peluda vibran al ritmo de su nerviosa masticación junto a esa bolsa desgarrada al borde de la montaña de residuos. Hay tanto para devorar que el olor continuo a basura no deja de llevarla siempre unos centímetros más allá o más hacia acá. Y su cola de serpiente la persigue sin descanso. Nadie valora tu agotadora existencia pero yo sí, rata.

Mi barriada suena a flamenco muchas veces. A menudo una señora de pura raza canta su espíritu *calé* mientras tiende la ropa en unos alambres aguantados de cualquier forma sobre la callejuela sin asfaltar. Otras veces, animados guitarristas tocan falsetas o floreos en cualquier plazoleta o chiquero. Ahora o después, una pareja de *bailaores* se marcan un fandango al son de los palmeos que les pican sus amigos o cualquier rumba suena en la radio perdida en la cocina de leña de alguna vecina. Y si no, me pongo los cascos de un  *guokman*  que mangué hace tiempo en un mercadillo y bailo flamenco con Antonio Julián, mi amante *cañí* imaginario al que no toco ni veo pero sé que está ahí, amándome con cariño y sin importarle una mierda que mi sangre esté mezclada con la corrompida de un preso *jambo* condenado a treinta años al otro lado de la reja.

Este migado de pan con pan que flota en la leche que hoy se ha ordeñado de la cabra Zita, está muy rico. Habré de agradecérselo a la abuela Doña Raimunda, quien además cocina para todos y me soporta siempre. Una pena que no me sienta. Al menos eso pareció la vez que me dijo:

-“A madre, Doña Anica la debo todo lo que soy. Cuido de ti por agradecimiento a ella, que me crió. Pero me sobras, chiquilla.” Tener quince nietos y ocho bisnietos a cargo son demasiados para repartir cariño, supongo. No me quiere porque ya no la queda amor... pobre.

Hoy he robado en el mercadillo de la Verneda, un barrio de aquí cerca, un par de sandalias y dos manteles y una radio que casi no se oye. La Sonakay, mi maestra del pillaje y hermana pequeña de mi madre Doña Felisa, quería felicitarme pero la muy bruja no se ha atrevido. Sólo ordena, nunca agradece. Si me *trincan* algún día, espero que el Señor Juez se apiade de mis trece años. Y no como ese idiota de Don Janko que el otro día me pilló escondiéndome bajo el abrigo y sin pagar media docena de huevos de su puesto y me gritó que soy una ladrona, tal que mi *prima* la Nonoka. Como si no me diera cuenta que te gusta, so tonto.

Cuando llueve, todo mi barrio La Perona en el que vivimos unos tres mil *calés* cada quien en su propiedad, se convierte en un lodazal de unos dos kilómetros de punta a punta. Se trata de un poblado de barracas y de pelos revueltos, donde los gitanillos juegan con cartucheras de vaquero y pistolas de plástico y algunos mayores, con las greñas despeinadas y los pantalones acampanados, palmean y cantan con sus Doñas y siempre están alegres. Y se ven también montones de tejas rotas en el suelo y por todos lados aparecen sonrientes gitanas muy jóvenes con sus *churumbeles* en brazos y luego hay otras más adultas que se reúnen con los hombres alrededor de una lumbre donde arden las tablas de cualquier obra.

A primer vistazo, el barrio parece un vertedero lleno de coches abandonados y lavadoras rotas y carros con neumáticos en vez de ruedas y bidones serrados y sillas destartaladas a la entrada de las casas con cortinas en vez de puertas. Y en el tejado de una chabola alguien ha colocado una rueda de automóvil y un Don arrugado como el tronco de un árbol viejo, lleva su sombrero y un jersey gordo de cuello alto con un chaleco de tergal encima y coge una *radiocaset* sin tapa. En una de esas callejuelas come el Patriarca Don Tibo su plato de arroz sentado frente a una silla que usa de mesa. Y un chaval que perdió los brazos un día que pasaba cerca de una obra y quiso llevarse unos cables, te recuerda lo corto y pasajero de todo en esta vida en que los *payos* ven sólo lo rentable de las cosas mientras otros andan como ciegos invisibles en el mundo de las sombras, dice Don Tibo.

Los niños *calés* están enfadados con los *payos*. Aunque a muchos les cuelgan los mocos y usan ropa hecha polvo heredada de sus hermanos, les identifica el orgullo gitano y aseguran convencidos, porque así se lo han oído explicar a sus abuelas, que los *jambos* se limpian la cabeza con lavaplatos *Mistol* y por eso sus melenas son brillantes. Puede que por ese motivo yo les caiga mal, por envidia. Mi pelo resplandece como la luna entera cuando se asoma al río Besós los dos días a la semana que me lo lavo en un barreño. Jueves y Domingos, lo necesario para salir a la calle sin piojos pues dice Doña Felisa que tampoco hay que abusar. Pero es que pican un montón los bichos esos y saltan en las cabezas de la mayoría de los niños, aunque a la Loyza, que creo que la bañan sólo en Navidad y Verano, la dejan en paz pues siempre sonríe y nunca se queja ni se rasca. Es una buena persona aunque muy niña aún, siete o así.

Péinate que pareces una gitana, me dicen entre risas mis vecinos el Mayoyo y el Riki los días que mi *anciana* no me recoge el pelo con horquillas. O sea, como pasa casi siempre. Menuda *desaboría* es usted, Doña Felisa. Yo creo que somos tantos los niños en cada familia para así evitar la pena cuando nos morimos. Yo no tengo amigos, pero varios de mis *primos* se han ido para siempre. La Rupa se empachó comiendo chorizo pasado y luego murió con cinco años. La Gizella desapareció un día y ya está, dicen las malas lenguas que su padre Estevo El Viudo la raptó y se la llevó porque estaba enamorado de ella y luego tuvo celos de su hermosura y la encontraron sin vida en un descampado de Teiá, un pueblo de aquí cerca. El Pulitza se ahogó a los nueve en el río Besós, con lo bien que nadaba y lo guapo que era, el nene. Y hay varios casos más que no quiero recordar porque me pongo triste y entonces pierdo la luz de mis ojazos verdes, según Doña Úrsula. Esta simpática mujer me dice las cosas bonitas que no la nacen a su hermana y mi abuela Doña Raimunda, a quien no la caigo nada bien.

Hará un par de semanas vino al barrio en su cochazo encarnado Don Evaristo, un señor *payo* muy simpático y muy vestido. Me dio cien pesetas para que me comprara unos chuches. Doña Felisa no deja de cantar feliz desde que le conoció. Me dice que pronto este hombre de bien me llevará de vacaciones con él al mundo de los *jambos*,donde todo es ruido y luces y gente *paya* y muchos juguetes y vestidos. Mientras no venga la Sonakay que me obliga a sisar, me alegro mucho más que usted, Doña Felisa. Además así, mientras estoy lejos de usted, dejaré de preguntarme porque todos los chavales llaman *mama* a sus *ancianas* y en cambio a mi no me nace.

La Perona es mi barrio de barracas donde las condiciones son frágiles. Estamos mal plantados en medio del distrito de *San Martí*, que significa San Martín en castellano. La mayoría del vecindario son *cafeletes*, o sea, gentes gitanas venidas del sur que se dedican al trapicheo en el mercadillo o a la recogida de plásticos y chatarra para su reciclaje o a construir cestas de mimbre o unos pocos a mendigar, vale. Pero siempre con la decencia por delante. Aunque también es verdad que habemos algunas excepciones que vivimos en el fondo de San Martín, por debajo de la Rambla de Prim, y que nos damos a la mala vida. Los hay que roban a punta de *trapera* en otros lugares y incluso a veces he oído tiros que se han disparado entre los  *pestañís* y alguna banda *quinqui* de *calés* *corrompidos*, como lo es la Sonakay. Yo siso porque ella me lo manda, no porque me nazca. Soy marginal por decisión extranjera de mí.

Qué *paya* que eres, oigo a veces que me chillan los gitanillos más rancios, como lo es el chorizo negro. Yo no sé llorar. Ojalá supiera para que tuvieran que entrar nadando por las mañanas en el cuarto que comparto con cinco *primos* más yo. Desde que vino Don Evaristo, Doña Felisa no me lo ha vuelto a decir. Pero antes era continuo:

-“Josefa, no vales ni lo que sisas.”

Y luego yo por las noches a recordar y querer llorar y no saber. Dicen que el sufrir va de la mano del aumento de vejez. Pues yo debo ser una vieja encarcelada en un cuerpo de niña, digo.

Lo que sí soy es un alma de la calle, como el resto de chiquillos. La casa acaba en la entrada principal, por lo general una tela que cuelga nomás y a partir de donde el mundo se vuelve libertad. Yo suelo ir sola a todos lados porque no me gusta que me manden. Y los niños de once y doce años sonríen y sujetan entre los labios sus cigarrillos pero a Doña Felisa no la gusta verme chupar pitillos para aspirar su humo porque dice que el tabaco envejece y quema los pulmones por adentro. Don Richal, su novio a ratos, fuma como un carretero y dice madre que un día se va a despertar carbonizado pues no deja el cigarro ni cuando se mete en la cama. Se deben acostar juntos o sino no sabría eso. Encima, Don Richal tose más que respira y tiene aspecto enfermo. No sé yo si está muy por la labor de hacerla el amor a Doña Felisa las muy pocas veces que se queda a dormir. Pero ni me importa. Estoy en casa de mi *anciana* porque en algún sitio hay que vivir y además la abuela Doña Raimunda cocina muy bien.

Algún día me iré del barrio. Será cuando aparezca mi príncipe Antonio Julián montando su alado caballo de crin color perla. Volaremos a otro mundo en el que robar no sea malo. Es que aquí, en La Perona, siempre es lo mismo. Josefa, apestas a *Mistol* de *paya*, a veces bromean los chavales pequeños. Yo antes hacía ver que me enfadaba y corría tras ellos no sé para qué. La agresividad me da pánico, no puedo con ella. Será porque mi *anciano* ahora se pudre en el *trullo* por haber asesinado a una familia *paya* entera. Llevo el odio en la sangre aunque no quiero pensar en ello. El preso se llama Don Ángel pero decir su nombre está prohibido en esta barraca.

El otro día me vino la regla. Así de repente, en el postre de flan con nada que tomé tras comer un bocadillo de tortilla de patatas con rodajas de tomate, me noté como mojada por ahí bajo. Fui tras el cobertizo donde cago mierda en una acequia para ver si se me había escapado el pipí, cosa que no noté. Me bajé el pantalón y ahí, pegada a él estaba la mancha de sangre, mi primera menstruación. A partir de ahora, si me enamoro de un macho y le hago el amor, seguro que me quedo embarazada. Como yo quiero sólo tener una hija, no me preocupa mucho aún este tema. Al menos no hasta los dieciocho, cuando ya pueda votar. Además, el chico del barrio que no me insulta o me saca la lengua, no me gusta. ¿Sólo me atraen los gamberros que quieren jorobarme?

Ah sí, un tema duro son las drogas. En La Perona hacen pocos problemas en casos aislados pues no hay dinero para comprarla. Pero fuera del barrio, jóvenes de aquí que hacen de *camello* de algún traficante, sí que alguna vez se meten en *marrones* si les pillan trapicheando venenos de esos en alguna redada. Una vez vino un coche de los  *pestañís* a registrar la barraca de Don Gábor, dicen que para comprobar un chivatazo que habían dado sobre que se almacenaban grandes cantidades de *caballo* y *grifa* en la Perona para su posterior venta en Barcelona. He oído varias versiones pero la que más se cree Don Tibo, y por tanto yo también, explica que el Yayal, el hijo mayor de Don Gábor, escondió bajo de un cobertizo exterior de la chabola de su *anciano*, bastantes kilos de *jaco*, *maría*, *farlopa* y *tripis* que quería trapichear por ahí fuera con su *quipo* de *primos*, ya que a todos los *calés* nos une algún lazo familiar.

Es un tío majo, el Yayal. Una vez, antes de meterse en el asunto del comercio de drogas, me explicó que se considera que el consumo medio de un adicto a la heroína es de seiscientos miligramos diarios. Si te *trincan* con esa cantidad o menos, te ponen una multa y listos. Aquel día le debieron pillar con bastante más pues no le he vuelto a ver desde entonces. Es lo bueno de no tener amigos: tus *primos* se van o vienen pero sabes vivir sin ellos.

Tardó en volver Don Evaristo. Ahora es finales de Agosto y ya ha pasado un año y algún mes. A lo largo de todo ese tiempo, su recuerdo ha ido disolviéndose en el olvido y, con él, un mundo sin pillaje. Me enteré la otra noche cuando escuché a hurtadillas desde detrás una puerta entreabierta a Doña Felisa hablando con Doña Raimunda acerca de que Don Evaristo había llamado al bar El Paraíso, cuyo teléfono es el nuestro para recibir llamadas. Es que telefonear es muy caro. Pues el ricachón éste había decidido que ya había llegado el momento de adoptarme. Se ve que quería saber si mi madre había respetado la paga y señal de un millón de pesetas que le había dejado o si ya me había vendido a otro pagador.

-”Mira tú el *payo* este, por la gloria de mi padre. Trata a la Josefa como si fuera mercancía. Con lo que quiero yo a mi angelito Josefa, aayyy.”, se lamentaba Doña Felisa.

-“¿Y cuanto le vas a pedir más? Ten en cuenta que los hijos son como los *marranos*. Se engordan para que su peso les haga valer más. Y aunque la Josefa está más flaca que un espárrago seco, con su porte de *bailaora* y esos ojazos verdes, ay señor, va a causar estragos entre los *jambos*.” Al oír eso, crucifiqué a Doña Raimunda. En el universo gitano, la familia es un milagro intocable. Claro que no siempre viene un rico en su cochazo y te ofrece sacarte de la pobreza a cambio de una hija que tuviste con un *payo* que ahora sobrevive en la Modelo, en la sección de los problemáticos. Pero da igual, menudo asco de casta. Aquí no se salva ni ustedes ni nadie, menuda mierda.

-”Tu casa parecía de juguete al lado del cacharro con ruedas aquel. Ya que tienes catorce años, pídele al señor del cochazo que se case contigo. Lo bueno de irse a la cama con abuelos es que te pegan un polvo y su cosa se les queda arrugada una semana por lo menos. Menuda suerte tienes, *merchera*. Si yo fuera como tú, medio *paya* y mitad gitana, y tuviera esos ojazos y esa planta de *bailaora*, la Perona no la pisaría ni por Navidad.”, ha soltado de sopetón la *prima* Mari cuando ha venido allá a la una a buscar a su sobrino Rafael que ha estado toda la mañana jugando a cartas con Don César, el hombre de Doña Raimunda. Hay que ver como domina el crío. Se deja ganar para que el *abu* se confíe y así le ha plumado en media hora las cinco pesetas con que empieza cada uno la partida. Deberías hacerte banquero, Rafael. Lo tuyo es el dinero.

Pues mira, Mari: el macho que me desflore no será un viejo de la tercera edad, sino un príncipe joven que vendrá a por mí montado en un alado caballo de larga crin color perla. Y tendremos una sola hija con nombre Luz, para que así transmita esperanza que ilumine un futuro más próspero y por lo tanto mejor.

-“Sí, sí, tú sueña, Josefa, que eso no es malo del todo. ¿Y ese hombre del cochazo color plata, sabes ya cómo se llama?”

-Don Evaristo.

-“¿Don Evaristo como el mono del circo?”

-¿Circo, qué circo?

-“Sí mujer, el circo aquel del *payo* tan guapo que viene invierno sí invierno no a la explanada de Can Molist. Este año no ha venido pero, ¿no te recuerdas su mono Don Evaristo, tan gracioso él?“

-Ah sí, pues como ese, como ese.

-“Bueno tú, ¿y a qué ha venido hoy Don Evaristo?”

-A comprarme.

-“Venga va, chavala. ¿Como a los pollos?”

-Eso creo. Adelantó un millón de pesetas hace un tiempo y, por lo contenta que salió Doña Felisa de la habitación donde estuvo con él y Doña Raimunda un rato largo, yo diría que se sintió bien pagada con el precio apalabrado. Me siento importante. No por todo el mundo pagarían tanto. Soy de calidad aunque me cuesta creérmelo.

-“A los hijos no se vende, creo. No va a ser tan malo, ya verás. ¿Y cuando se te lleva?”, quiere remediar la Mari una tristeza que no hay.

-Doña Raimunda ha dicho que meta toda mi ropa en la única maleta que hay en casa y que mañana Don Evaristo se me lleva con él a pasar unas largas vacaciones, que ya me las merezco. Lo que no sabe es que yo la oí el otro día hablando con Doña Felisa sobre el negocio redondo que habían hecho conmigo.

-“¿Y tú cómo te sientes, cariño?“, qué tierna es la Mari, jo.

-Como siempre, repudiada.

Pues sí, sí. Al día siguiente ha venido el sonriente Don Evaristo a buscarme en un muy elegante cochazo, negro esta vez, y Doña Felisa y Doña Raimunda han vuelto a meterse con él en un cuarto mientras yo le daba de comer al sobrino Mohamed, *churumbel* de mi hermana Martirio y de su novio moro Sherif con quien huyó de aquí hace un año pero ha vuelto llorando tras pelearse pues la controlaba todo el día y en todo. Los moros son unos machistas. Aquí en La Perona casi sólo hay respeto, creencia en la pureza y mucho amor.

Cuando han salido del cuarto, Doña Felisa ha venido a darme dos besos con lágrimas de mentira en los ojos y luego Doña Raimunda me ha abrazado y ha sollozado que ahora no, pero que algún día las perdonaría. Será a partir de cuándo aprenda que sin dinero no hay ni hambre. Y ellas creyendo que yo no me enteraba de que me iba a unas vacaciones sin fin. Veremos como va. Yo ya he rezado, por si acaso.

